

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA

IMPRESIONES DE UN VIAJE A AMÉRICA

TOMO XII

APÉNDICE

MARAVILLAS Y CURIOSIDADES DE COLOMBIA

Nevados - Cataratas o cascadas - Puentes naturales y artificiales – Monolitos -
Curiosidades observadas en varias excursiones - Vistas notables - Artes e industria
indígenas – Cerámica – Orfebrería - y Tipos no representados en la relación del viaje.

NEVADOS O NEVERAS

LÁMINAS

1. Cumbal y Chiles.
2. Grandes alturas de la Cordillera Central.
3. Mesa de Herveo.
4. Santa Isabel
5. Quindío.
6. Chita.

NEVADOS O NEVERAS

Las relaciones que a mi llegada a Colombia, tuve la fortuna de contraer con los hombres más notables en ciencias y en letras de la capital de la república, llamada con razón la Atenas Suramericana, me hicieron pronto adquirir noticias de las maravillas verdaderamente asombrosas que el país encierra, y de las curiosidades de todo género dignas de llamar la atención del viajero estudioso; así es que, pronto, muy pronto, me vi acosado por el deseo de visitar el famoso Salto de Tequendama, donde el río Funza se precipita desde una altura prodigiosa; la Cueva de Tuluquí, donde un modesto riachuelo se abre paso al través de un monte de roca viva para pasar de un valle a otro; el Hoyo del Aire, donde un hundimiento del terreno ha producido un verdadero prodigio; el puente de Tuluquí o de Icononzo, donde el río Sumapaz corre por un cauce cuya profundidad espanta; la Fura-Tena, donde los peñones que superan con mucho en elevación a las torres más altas, erigidas por el hombre en los países más adelantados en arquitectura, dan paso a la humilde corriente del río Minero, escondido en las profundas sinuosidades de la cordillera andina; las Estatuas del Valle de San Agustín, obra de un pueblo desconocido; los páramos nevados, las cascadas admirables, los grandes ríos, las rocas cubiertas de jeroglíficos aún no descifrados, las tribus salvajes en que el indígena hace la vida de la naturaleza, &c. &c. La circunstancia de hallarse al frente de la Biblioteca Nacional mi ilustrado y excelente amigo el malogrado escritor D. José María Quijano Otero, me hizo conocer y me permitió copiar las láminas más interesantes de todos esos objetos, debidas al pincel de los artistas que llevó a sus órdenes el general D. Agustín Codazzi, jefe de la Expedición Corográfica, que, por mandato del Presidente de la República, general Tomás C. de Mosquera, recorrió el país para escribir y publicar su Geografía.

Aquellas láminas me hicieron formar una especie de itinerario para mis futuras excursiones, muchas de las cuales realicé, como consta de mis apuntes; pero otras me fue imposible llevarlas a cabo, por diferentes causas, entre ellas el mal estado de mi salud, que me obligó a hacer por algún tiempo una vida más tranquila y sedentaria.

A pesar de eso, no he querido prescindir de dar a conocer a mis lectores lo que aquellas láminas contienen, porque hay en ellas tantas maravillas, tantas curiosidades dignas de estudio, que seguramente me agradecerán el buen deseo con que las pongo a su alcance.

NEVADOS O NEVERAS

Empezaré por lo más grandioso, que son las obras de Dios, y entre ellas las grandes moles levantadas por las fuerzas plutónicas a prodigiosas alturas, cuyas nevadas cumbres se esconden entre los vapores acuosos, que forman su corona de nubes, y cuya base se asienta en el fondo de los valles, donde los rayos del sol tropical producen una atmósfera de fuego. Son éstas, entre otras varias ya descritas por mí en su lugar correspondiente, los grandes cerros ignívomos de Cumbal y de Chiles, con sus inaccesibles neveras que se levantan en la línea que separa a Colombia del Ecuador, y va señalada con el Núm. 1.

Siguen luego las grandes alturas de la Cordillera Central de los Andes, en los momentos de una exploración que interrumpe la soledad y monotonía de aquellos lugares, de los que ha desaparecido ya en absoluto la vida animal y la vegetal, ostensibles, sabe Dios desde cuánto tiempo. Es el Núm. 2.

Después viene la del páramo o Mesa de Herveo, por donde se confunde con el de Ruiz, animado también por exploradores, que turban su reposo. Lleva el Núm. 3.

Luego otra vista parcial del nevado de Santa Isabel, por cuya falda pasa un camino casi inverosímil, y hay en él una miserable venta, rodeada de sites y frailejones, y a una temperatura siberiana. No. 4.

La que sigue es de un paso por la falda del Quindío, donde se hallan los límites de la vegetación arbórea. No. 5.

La última de esta serie es una vista de la Sierra nevada de Chita, tomada precisamente desde un lugar, que forma con ella el mayor contraste, por hallarse sometido a una de las más elevadas temperaturas de los trópicos. No. 6.

CATARATAS O CASCADAS

LÁMINAS

1. Salto de Tequendama
2. Guadalupe.
3. El Excomulgado.
4. De las Monjas.
5. Anambío.
6. Magdalena

CATARATAS O CASCADAS

Siguen, en el orden de las grandes maravillas geológicas, las cascadas admirables en que, a consecuencia de los trastornos del suelo, al levantarse las cordilleras, las aguas de muchos ríos se precipitan desde enormes alturas, formando cascadas espumantes y ruidosas, no sólo bellas por su aspecto grandioso e imponente, sino capaces de producir fuerzas considerables, que la industria humana aprovechará algún día, como otras muchas que le ofrece por todas partes la pródiga Naturaleza.

La primera de estas cascadas es la que lleva el nombre de Salto de Tequendama, cuya descripción y fotografía se hallan en las primeras páginas de mi Diario, a poco de mi llegada a Colombia.

El número 2 de esta serie es la Cascada de Guadalupe, en el río del mismo nombre, antiguo Estado, hoy departamento, de Antioquia. La altura desde la cual se precipita este río es de 240 metros, según medida de Codazzi. La pequeñez comparativa de las figuras humanas que se hallan próximas, da una idea más palpable de la grandiosidad de esta gran catarata, la de mayor elevación de cuantas conozco.

La que lleva el No. 3 se llama en el país la cascada del Excomulgado, porque, según la tradición, se ahogó en ella, suicidándose tal vez, un clérigo de vida poco ejemplar, que llevaba sobre sí el anatema de la Iglesia. Otros dicen que, a pesar de haber servido su muerte para dar nombre a la cascada, no fue en ella donde se ahogó, sino en una corriente próxima. El río que se precipita en dos cascadas sucesivas por dos grandes escalones perpendiculares de la roca, se llama el río Males, que más abajo toma el nombre de Guáitara y muere en el Patía; el lugar en que se precipita el Males se halla a 2.591 metros sobre el nivel del mar, y el salto de agua es de 80 metros de altura. La soledad del lugar, lo agreste del terreno, la aglomeración de grandes peñascos amarillentos, grises y rojizos junto al corte vertical por donde el agua se precipita y el ruido que ella produce, dan a la escena un carácter imponente y grave que produce en el ánimo una impresión duradera y profunda.

Distínguese con el No. 4 la Cascada de las Monjas, en el río Vinagre, y es no sólo de gran belleza, sino de condiciones excepcionales por la calidad de sus aguas. El río Pasambío o Vinagre, como vulgarmente se le llama, tiene su origen en la falda norte del volcán de Puracé. Brota allí de una profunda solfatara en varias chorreras, y a una temperatura elevadísima, por entre las grietas de la roca de que está compuesto el monte. Por el análisis que hizo de aquellas aguas Mr. de Boussingault, y calculando su volumen, el sabio naturalista cree que cada 24 horas se pierde nada menos que 38.611 kilogramos de ácido sulfúrico, y 31.654 de ácido hidroclicó. La primera catarata que forma este río se halla frente al pueblo de Puracé y tiene 80 metros de altura; pero la más notable es la de las Monjas, donde cae el agua de 100 metros de elevación, después de correr por algún tiempo encajonada entre grandes trozos de roca traquítica. La cascada tiene por fondo una especie de anfiteatro muy extenso formado por la roca misma; más abajo se une con el río San Francisco de aguas puras y frías, después al torrente impetuoso de Anambío, y por último se precipita en el Cauca, que no contiene ni un solo pez, hasta que su corriente aumentada con la de otros ríos de aguas comunes, pierde la acidez intensa debida a las del río Vinagre.

La cascada del río Anambío, tributario como el anterior del caudaloso Cauca, ofrece la particularidad de precipitarse por un plano muy inclinado, abriéndose paso entre rocas plutónicas, basalto principalmente, cuyos derrumbes han formado una muralla vertical originalísima, donde se ven como incrustados en grandes haces, cilindros de varias dimensiones, entre cuyos detritus asoma de cuando en cuando algún arbusto adherido a la roca e introduciendo sus raíces en las estrechas hendiduras de la misma. Es el núm. 5.

La que lleva el No. 6 es un salto del río Magdalena¹, cerca de su origen, a 3.470 metros de altura sobre el nivel del mar. La doble catarata tiene también por fondo cortes verticales de la roca ígnea, que constituyen el elemento principal del nudo de la

¹ La cascada de la ilustración no pertenece al río Magdalena (noreste).

cordillera. A aquella elevación, donde el frío es intensísimo, se ve uno a modo de rancho o cobertizo, improvisado con las hojas de una espadaña gigantesca, a que dan el nombre vulgar de cerbatana, por el tallo hueco que brota del centro de la mata cuando ésta florece. La escena representa un alto obligado para descansar y tomar algún alimento. La altura de ambas caídas es de unos 60 metros.

PUENTES NATURALES Y ARTIFICIALES

LÁMINAS

1. Puente natural de Rumichaca.
2. Puente de tierra, de Cunday.
3. Puente en Tamaná.
4. Puente en el Juanambú.
5. Puente de Chinauta.
6. Puente de tarabita.
7. Puente colgante.
8. Puente de guaduas en el Ingará.
9. Otro de ídem en el río de la Plata.

PUENTES CURIOSOS DE COLOMBIA

Si grande es la admiración que produce al viajero la vista de los grandes conos nevados de la cordillera andina, coronados muchos de ellos por humeantes penachos de volcanes en actividad; si lo llenan de asombro las imponentes y ruidosas cascadas que se precipitan de lo alto de sus montañas, en vertiginosa carrera hacia el Atlántico o el Pacífico, no llaman menos su atención, ya como maravillas geológicas, ya como esfuerzos de la industria indígena, los puentes naturales y artificiales que se hallan en el territorio colombiano. Además de los ya copiados y descritos en la relación de mi viaje, como el de Pandi, las piedras de Facatativá y la misma cueva de Tuluní, son dignos de conocerse los que ofrecemos en las siguientes láminas.

Núm. 1o. Va señalado con este número el puente natural de Rumichaca, cerca de Túquerres. Allí el agua del Rumichaca o Guátara, que formó antes un lago superandino de 12 kilómetros cuadrados, en lo que hoy es fertilísimo valle cubierto de habitaciones humanas, de ganados y de sementeras, corre desde la remota época del desagüe por un conducto subterráneo y va a salir, entre enormes peñones, agitado y clamoroso, por la agreste y profunda cañada que representa nuestro dibujo.

En núm. 2 es otro puente natural entre Pandi y Cunday, llamado puente de tierra. El río Sumapáz, que en el puente de Pandi o Icononzo corre por un cauce profundísimo entre la obscuridad y el silencio, pasa aquí de un valle a otro, horadando un espacio de 300 metros próximamente por debajo de una densa capa de terreno arcilloso, saliendo desparramado y formando pequeñas chorreras por entre peñascos de conglomerado arenisco.

El núm. 3 representa uno de los muchos puentes que la casualidad o la industria ponen al servicio del hombre para facilitarle el paso sobre una corriente invadeable. En nuestra lámina se ve cómo los peones cargueros, único modo de traslación por aquellas ásperas montañas, la atraviesan, sobre un tronco arrojado al azar de una a otra orilla, llevando a la espalda un fardo enorme, o un ser humano con una seguridad

y una firmeza tales, que el que adquiere ya práctica en esta manera de viajar, confía enteramente en la destreza y la fuerza de su conductor, sin miedo a los accidentes que a veces ocasionan los animales de carga.

Los peones que se ocupan en este penoso ejercicio, generalmente indígenas de pura raza, son hombres de musculatura muy vigorosa, de honradez proverbial, y tan sobrios, que les basta a veces para el alimento de todo un día unas bolitas formadas de cal y de hoja de coca.

Ofrece el núm. 4, en el fondo de un paisaje originalísimo o imponente el paso sobre el río Juanambú, de rápida y tumultuosa corriente, sobre un tronco más delgado y largo que el que se halla en la lámina anterior. A pesar de lo mucho que se bambolea y que sólo un hábil funámbulo pudiera pasar por él, sin gran peligro, las gentes del país lo utilizan como si fuera el puente más sólido, ancho y seguro.

El de la lámina núm. 5 es el puente rústico de Chinauta sobre el río Panche, semejante en su construcción al de Quetame, que en su lugar dejamos descrito, y se halla hoy sustituido por uno de hierro. Está apoyado, como aquél, en un peñón que ocupa el centro de la corriente, y su solidez es considerable por ser los tramos de varios troncos yuxtapuestos y afianzados con traviesas y bejucos.

En el puente de tarabita que representa la lámina núm. 6, se ve ya cómo la industria del hombre vence los obstáculos de la Naturaleza. Un puente de tarabita es para el europeo no sólo un espectáculo original, sino un objeto de temor cuando por primera vez aventura su existencia a este artefacto de invención indígena. Los puentes de este género se hallan por lo general establecidos en las corrientes de ancho cauce, donde no hay vado seguro. En dos árboles fronterizos de ambas orillas, con la resistencia necesaria para sostener el aparato, se amarran ocho o diez cuerdas de cuero de buey torcidas en crudo, que en el país llaman rejos. Estas cuerdas, que suelen tener de espesor poco más de un centímetro, están colocadas unas junto a otras, pero sin ningún enlace. Sobre estas cuerdas corren dos ganchos, de los cuales pende una

especie de plataforma, a que dan el nombre de puerta, en la que entran los viajeros, monturas y cargas que deben ser conducidos a la otra orilla, mientras las bestias pasan a nado. La puerta es tirada de un lado a otro por otra cuerda o rejo a fuerza de brazos. También suelen pasar por estos puentes hombres escoteros, que se suspenden de las cuerdas con un gancho o dos y se ayudan con los pies y las manos. A veces, durante el paso de la puerta con viajeros y cargas, suelen romperse uno o más rejos; pero se añaden con facilidad y siempre quedan los suficientes para evitar el peligro de una caída.

El puente colgante o de bejucos, que quizás ha proporcionado a la ingeniería europea el tipo de esta clase de puentes, y que ofrecemos en la lámina núm. 7, representa ya mayor suma de inteligencia y un esfuerzo superior de la industria del hombre. Por lo regular, este género de viaductos suele emplearse en corrientes de poca anchura, y los indígenas los construyen con gran facilidad y maestría, empleando en su confección las plantas sarmentosas de sus bosques, que, mientras no se secan del todo y conservan alguna elasticidad, son tenaces como el alambre. Suelen estar apoyados, como los de tarabita, ya en árboles fronterizos, ya en gruesos y largos troncos enterrados por su base. Cuando los bejucos se van poniendo viejos, anuncian con sus crujidos la falta de elasticidad, y entonces se los sustituye por otros o se construye el puente de nuevo y sin gran trabajo, porque abundan mucho y nada cuestan los materiales. Por estos puentes no pasan caballerías, a no ser de muy corto trayecto y el río de orillas inabordables, como el que pasamos sobre el Amoyá en nuestra excursión al Tolima.

El que representa la lámina núm. 8 y se halla sobre el río Ingará en el Chocó, que bien pudiera llamarse el país del oro, es también originalísimo. Está construido con guaduas o bambúes, amarrado con bejucos, y apoyado en el tronco y las ramas de un solo árbol inclinado sobre la corriente. Su construcción no puede ser más sencilla ni más sólida. A pesar de su longitud, es casi inflexible y se pasa por él con toda seguridad en todo tiempo; porque el primero que advierte la rotura de algún bejuco o de alguna guadua, acude inmediatamente a remediar el daño.

De los mismos materiales que el anterior se compone el que representa la lámina núm. 9; pero su estructura es mucho más complicada y supone un grande esfuerzo de inteligencia y un conocimiento nada común de las leyes de la mecánica. Increíble parece que hombres sin ningún género de instrucción científica, guiados casi como el castor por un admirable instinto, hayan podido construir un puente de tan bellas y elegantes formas con materiales tan poco sólidos, al parecer, y apoyándolo en dos pirámides, como pudiera haberlo concebido y ejecutado el más hábil de los ingenieros. La obra de invención indígena, que era la admiración de los viajeros ilustrados ha sido ya sustituida por otra más sólida, que satisface mejor las necesidades del tránsito; pero que no llama la atención como aquel prodigio de la industria de los naturales.

MONOLITOS NOTABLES

LÁMINAS

1. Piedra grabada de Gámeza.
2. Peñón de Entreríos.
3. Peñón de Guatapé.
4. Fura-Tena².

² Esta lámina está actualmente desaparecida (N.E.).

MONOLITOS NOTABLES

Además de los objetos muy dignos de atención que representan las láminas anteriores, hay otros que merecen también que se les dé a conocer, ya por su importancia geológica, ya porque contienen en su superficie signos o jeroglíficos, donde el arqueólogo podrá encontrar un rayo de luz que esclarezca algo de la historia de un pueblo de que tan poco se sabe.

En el transcurso de nuestro relato hemos dado a conocer, entre otros monumentos con signos aún no descifrados, las piedras pintadas de Pandi o Mercadillo, la de Saboyá, la de Yomasa y la de Aipe, que es la más notable entre todas; pero nada habíamos dicho de la de Gámeza en Boyacá, que ocupa la orilla de un río de cauce muy profundo, y recuerda quizás, por los signos grabados en la superficie que mira a la corriente, el hecho admirable de la rotura del dique de un extensísimo lago, que inundó por mucho tiempo el que hoy es fertilísimo valle de Sogamoso. Donde quiera que ha ocurrido un fenómeno de esta naturaleza parece que los indígenas han querido conmemorarlo, pintando o grabando, entre otros signos, la rana, con rabo o sin él, que tal vez denota corriente de aguas. La piedra de Gámeza, señalada con el núm. 1 de su serie, es de roca arenisca y parece que la hendidura que tiene en su centro debió formarse al caer el peñón sobre la base que lo sustenta.

El núm. 2 es otro peñón o monolito de mucho mayor tamaño, y de forma cilíndrica, colocado en un terreno peñoso a 2.127 metros sobre el nivel del mar, cerca de un pueblecito al que da o del que recibe el nombre. Su presencia en aquel lugar, su tamaño y su forma, sólo se explican por los grandes trastornos que sufrió aquel suelo, y por la acción de los agentes atmosféricos sobre las rocas de su superficie.

La lámina señalada con el núm. 3 es de otro monolito que tiene 105 metros de alto, 151 de ancho y 640 de circunferencia en su base. Ocupa un llano de corta extensión sobre un cerro llamado la Ceja de Guatapé a 1.882 metros sobre el nivel del mar. Al contemplar aquel peñón de tan enormes dimensiones, en aquel lugar, el observador

no puede menos de preguntarse asombrado: ¿Qué esfuerzo de la Naturaleza no sería necesario para sacar de su asiento y colocar allí aquella enorme masa de roca sedimentaria, cuyos estratos verticales indican su formación y el portentoso cataclismo a que se debe la posición del monolito?

Si grande es el asombro que produce el peñón de Guatapé, todavía es mucho mayor el que se experimenta al contemplar otra de las maravillas geológicas del territorio colombiano, que es la Fura-Tena, representada en la lámina núm. 4. La Fura-Tena, que quiere decir hombre y mujer en la lengua indígena, la constituyen dos enormes muros de roca adosados cada uno a un cerro de prodigiosa elevación, en uno de los lugares más agrestes y profundamente surcados por las rugosidades de las andinas cordilleras. No parece sino que la mano de Dios ha intervenido especialmente con su inmenso poder para separar aquellas moles enormes y dar paso al modesto río Minero, cuya corriente agitada y espumosa se pierde entre aquellas profundas sinuosidades en medio de la soledad más espantosa. Aquellos cerros, pelados en parte y cubiertos en otra (en su base principalmente), por una vegetación arbórea más o menos exuberante, se hallan hendidos en el lugar en que aparece el gran fenómeno geológico. La Fura (hombre), que tiene 625 metros de alto, representa a cierta distancia como una figura humana colosal con un gorro piramidal en la cabeza; se halla cubierta desde los hombros con un manto acolchado, abierto en el pecho, donde aparece algo de vegetación y envueltas las piernas en una túnica oscura; tal es la apariencia que le dan el color y la forma de los materiales que constituyen la roca. La Tena (mujer), de 380 metros de alto, representa, en efecto, una mujer con las piernas algo cruzadas, manto en los hombros semejante al del hombre, un casco en la cabeza y el brazo derecho apoyado en una especie de escudo formado de la misma roca que tiene por base la otra figura.

EXCURSIONES VARIAS

LÁMINAS

- No. 1. Puente de hierro sobre el Chicamocha.
- No. 2. Confluencia del Servitá con el Chicamocha.
- No. 3. Laguna de los Ortices, vista de sur a norte.
- No. 4. Ídem, vista de norte a sur.
- No. 5. Ídem, a la luz de la luna.
- No. 6. Puente sobre el Guacas.
- No. 6-2o. Cactus del Chicamocha.
- No. 7. Vista de una calle de La Mesa.
- Nos. 7-2o. y 7-3o. Palma marararay - Plátano guineo.
- No. 8. Vista de otro paso del Bogotá en Portillo.
- No. 9. Cabaña de carboneros.
- No. 10. El salto de Tequendama visto de frente.

EXCURSIONES VARIAS

VISTAS NOTABLES DE LUGARES PINTORESCOS Y OBJETOS CURIOSOS

Aunque el estado de mi salud y mis habituales ocupaciones me obligaron por algún tiempo a llevar una vida relativamente sedentaria, siempre que me era posible hacía algunas excursiones de estudio a lugares más o menos próximos, donde había algo digno de fijar la atención de los amantes de la Naturaleza.

Teniendo a mi cargo la dirección del Instituto Agrícola de García Rovira, en Santander, aproveché unas vacaciones para visitar una laguna célebre, llamada de los Ortices, que se halla a algunas jornadas de distancia de la capital del departamento.

Salimos una mañana por la orilla izquierda del río Servitá, que corre por un cauce profundo y muy pedregoso; almorzamos en Encizo, población pequeña, erigida en honor del bachiller del mismo nombre, uno de los primeros aventureros que tomaron parte en el descubrimiento y conquista de aquellas tierras. Desde Encizo, siguiendo la misma orilla del Servitá, en algunos sitios tan escabrosa que parece imposible el paso, continuamos hasta el pueblo de Capitanejo, situado casi en la confluencia del Servitá con el Chicamocha, sobre una estrecha vega de este último río y a una temperatura sumamente elevada. Allí vimos el puente rígido de hierro que ha sustituido al anterior, rústico y deleznable, y que hoy facilita la comunicación entre Boyacá y Santander, dos de los Estados más importantes de la república. Está representado en la lámina núm. 1 de esta serie.

Bajando por la orilla izquierda del Chicamocha llegamos pronto a enfrentar con la confluencia del Servitá y este último río de que es tributario. Lo agreste y árido del terreno; la estratificación de las rocas en la orilla opuesta y la vega pedregosa que sirve de cauce a la corriente, llamaron nuestra atención, y tomamos una vista marcada con el número 2.

Al día siguiente de nuestra salida de Capitanejo llegamos a la laguna de los Ortices, que ocupa el fondo de una grande hoya y tiene de extensión más de 2 kilómetros de norte a sur y algo menos de este a oeste. Por algunas partes las orillas son muy escarpadas y están cubiertas de arbustos silvestres; por otras forman dilatadas vegas, donde se cultiva la caña de azúcar, la yuca, la arracacha y principalmente el algodón, de planta anual, que da muy buenas cosechas. La laguna, que es considerada por los naturales con veneración y respeto casi religiosos, alcanza en su mayor profundidad unos 30 metros; pero los habitantes de sus orillas tienen la preocupación de que no se le halla fondo. De vez en cuando se destacan en sus márgenes grupos de juncos, a manera de balsas, que viven independientes de los juncales de la orilla y con las raíces en el agua, los cuales grupos, impulsados por el viento, avanzan hacia el centro de la laguna y dan motivo a que los habitantes de aquellos contornos formen sobre aquel fenómeno natural augurios más o menos descabellados. Tomamos dos vistas, una de norte a sur y otra de sur a norte, que llevan los núms. 3 y 4 de las láminas de esta serie.

Invitados por los moradores de algunas rancherías próximas a contemplar, como espectáculo muy notable, el misterioso lago a la luz de la luna, accedimos a sus deseos; construimos previamente una balsa para penetrar hacia el interior, a lo que ninguno de ellos quiso acompañarnos, y disfrutamos en efecto de un espectáculo sorprendente y de una temperatura deliciosa. Esta lámina lleva el núm. 5.

Después de pasar tres días en las márgenes de aquel lago, rodeado, si no de misterios, de grandes bellezas naturales; después de aconsejar a los cultivadores de sus orillas que aprovecharan como riquísima sustancia fertilizante la densa capa de cieno semilíquido del fondo, muy fácil de extraer con cualquier aparato³, dejamos aquellos lugares, para volver a nuestra residencia habitual, pasando por un puentecillo rústico un riachuelo llamado el Guacas, tributario del Chicamocha. El sitio donde se halla el puente es una garganta muy pedregosa donde están aún patentes los grandes

³ Algunos que aprovecharon mis consejos me dieron después las gracias por los resultados del abono.

trastornos que ha sufrido el suelo en aquella parte de la cordillera. Cerca del puente hicimos alto por algunas horas en la cabaña de unos pastores de ganado cabrío, únicos animales que pueden andar y encontrar alimento entre aquellos enormes precipicios, que sólo producen algunos arbustos espinosos entre las grietas de la roca por todas partes cuarteada. Allí vimos por primera vez un árbol muy raro, que abunda mucho en ciertas comarcas del Brasil, y al que allí dan el nombre de barigudo. Crece este árbol en los terrenos más estériles, tiene la forma de la raíz fusiforme de una planta vuelta al revés; se halla adherido al suelo por raíces que brotan de la base del tronco fuera de la tierra, y la materia de que todo el árbol se compone es de consistencia herbácea, facilísima de dividir con cualquier instrumento cortante. Admira ver este capricho de la vegetación en lugares estériles, y no se adivina cómo una planta tan jugosa y llena de savia puede hallar alimento y vida entre aquellas rocas desecadas por el sol tropical y cuyos detritus parecen impropios para sostener ningún género de plantas. También aproveché algunos ratos en concluir la adjunta lámina de cactus que de esta expedición llevaba en bosquejo.

Otra de mis excursiones de corto radio fue la que hice desde Bogotá a la Mesa de Juan Díaz, a Portillo y a ver de frente el Salto de Tequendama, excursión a que fui invitado por uno de mis amigos, prefecto de aquel departamento, D. Manuel Zaldúa, joven muy ilustrado, de un porvenir brillante, y que tuvo la desgracia de morir víctima de un accidente casual, cuando más risueña se le mostraba la fortuna. Habíase dado unas fricciones generales de alcohol para combatir cierta dolencia; acercó la mano sin precaución a una luz, y murió a consecuencia de las quemaduras. ¡Dios lo haya recibido en su gloria!

Cuando llegué a La Mesa ya me estaban esperando él y otros varios amigos, a quienes había convidado para que nos acompañasen. Como era ya algo tarde, aplazamos el comienzo de nuestra excursión para la mañana siguiente. Yo dediqué las últimas horas de aquel día a tomar un apunte de la calle principal de la población desde la puerta del

hotel en que me hospedaba, el de una linda palma mararay y un plátano guineo, que son las láminas 7-2o. y 7-3o.

Apenas rayaba el día señalado para la expedición, vinieron a buscarme mis amigos, y montamos a caballo; pero en vez de ir directamente al Salto, que era nuestro objeto, nos dirigimos a las juntas de Apulo y a Portillo, lugares que ya conocen mis lectores, donde mi amigo el prefecto del departamento tenía que dar algunas órdenes y practicar ciertas diligencias propias de su cargo. Como allí nos detuvimos otros dos días, aproveché el tiempo en tomar una vista de otro paso del río Bogotá, por uno de los sitios más pintorescos que tienen sus orillas. La lámina está marcada con el núm. 8 de esta serie.

Cuando salimos de Portillo, regresamos por La Mesa, y desde allí por el valle de Tena tomamos una trocha, sumamente áspera y difícil, para llegar al punto desde donde nos proponíamos admirar de frente la caída del río Funza por el enorme despeñadero que constituye el Salto de Tequendama. Antes de llegar a la margen del río nos detuvimos un rato a descansar en una cabaña originalísima, formada por hojas de fique, maguey o pita, que por allí es muy abundante. Tanto su construcción como los materiales deleznable de que se hallaba compuesta, sin cubrir la culata y formando sólo una especie de cobertizo, nos hicieron comprender que, a pesar de la benignidad del clima, era aquella una morada transitoria. En efecto, era la choza improvisada por unos carboneros, marido y mujer, que trabajaban, a cual podía más, en una roza cercana, y que al llegar nosotros, acudieron solícitos, tanto por si podían prestarnos algún servicio, cuanto por evitar el susto de tres hijas ya algo crecidas y otra más pequeña que en el traje de Adán se revolcaba en la arena jugando con un perro, a nuestra llegada. Nuestro arribo a la choza y el de los padres de las chiquillas fue casi simultáneo, de modo que no tuvieron tiempo de asustarse. Al separarnos luego de allí, les dejamos algunas monedas, que corrieron a entregar a su madre, y todos nos llenaron de bendiciones. La lámina en que está representada esta choza lleva el núm. 9.

Cuando llegamos cerca del cauce del río, ya despeñado, que por allí tiene el nombre de Bogotá, con que ha sustituido al de Funza, sentimos no sólo el ruido enorme que producen las aguas al despeñarse, a algo más de un kilómetro de distancia, sino el que continúa produciendo la corriente del río, que atraviesa como loco, en su carrera rápida y vertiginosa, un cauce profundísimo, donde se oponen a su curso enormes peñones que producen otras tantas chorreras espumosas, teniendo por allí la corriente más bien el aspecto de un río de leche que de agua; tal es la blancura y densidad de la capa de espuma que la cubre por todas partes. Allí cerca tuvimos la fortuna de encontrar una humilde vivienda de labradores, donde nos ofrecieron hospitalidad con el mayor agasajo; nuestros criados dispusieron las provisiones para una comida opípara, de la que hicimos participar también a nuestros huéspedes, a pesar de su resistencia, y a poco de anochecer se colgaron nuestras hamacas y nos entregamos al sueño, para levantarnos muy temprano, antes de que empezaran a subir del fondo de la catarata los densos vapores que al avanzar la mañana empiezan a cubrirlo todo en un velo impenetrable.

Apenas fue de día nos levantamos presurosos y avanzamos cuanto nos fue posible por la orilla derecha, aguas arriba. Desde el lugar en que se veía mejor tomé un ligero apunte de aquella maravilla imposible de describir, y que trazada imperfectamente ofrezco a mis lectores en la lámina 10, última de esta serie.

VISTAS NOTABLES

POR SU BELLEZA NATURAL O POR ALGÚN ACCIDENTE

LÁMINAS

- 1a. Playa del río Meta.
- 2a. Un almuerzo a orillas del mismo río.
- 3a. Plaza de Moreno, Llanos de Casanare.
- 4a. Grupos de palmeras en el Quindío.
- 5a. Callejones de Ocaña, camino de Cúcuta.
- 6a. Pueblo de Sipí o San Agustín en el Chocó.
- 7a. Plaza de Barbacoas, Chocó.
- 8a. Puerto de Descanse en el Caquetá.
- 9a. Navegación por el río San Juan, Chocó.
- 10a. El río Atrato cerca de Tebada, Chocó.
- 11a. La isla Gorgona desde la playa de Buena-ventura.
- 12a. Una garganta de los Andes.
- 13a. Laguna verde, Túquerres, Cauca.

VISTAS NOTABLES

POR SU BELLEZA NATURAL O POR ALGÚN ACCIDENTE

Entre la colección de láminas, hechas por los artistas que acompañaron a Codazzi en su expedición Corográfica, hay algunas que representan lugares tan bellos y de un carácter tan original como sorprendente. Al ofrecerlas a mis lectores, copiadas por mí con toda la fidelidad posible, con una ligera descripción de cada una, para su mejor inteligencia, lleno con gusto el deber de dejar satisfecha la curiosidad de aquellos y el de sacar a luz bellezas ignoradas de mi patria adoptiva.

La lámina núm. 1 representa una playa del río Meta, en Orocué. Este río, que es uno de los principales tributarios del Orinoco, y que con el tiempo será una de las principales vías comerciales de Colombia, tiene la majestad de todos los ríos caudalosos que corren silenciosa y mansamente por dilatadas llanuras. Cuando estas llanuras están casi desiertas y habitadas sólo por tribus salvajes; cuando está reducida la navegación de sus aguas a algunas miserables canoas, tripuladas por tres o cuatro indígenas, que se ocupan en la pesca o en conducir a algún punto comercial, como Orocué, los exiguos productos de su fácil trabajo entre los bosques, para proporcionarse con ellos cuentas de vidrio con que adornarse, espejos en que contemplar con vanidad pueril su rostro pintarrajeado, o aguardiente con que embriagarse, que es para ellos el artículo preferido⁴; cuando la soledad y el silencio reinan por todas partes, las orillas de estos ríos adquieren algo de respetuoso y de solemne que entristece el ánimo, y hace que el hombre se considere aún más pequeño de lo que es, comparado con la Naturaleza.

La lámina núm. 2 representa un almuerzo a orillas del mismo río. Un pedazo de danta o tapir, y un mono pequeño asados al fuego y algunos peces cocidos con agua y pimentillos picantes fue el almuerzo ofrecido por los hombres de las selvas a dos

⁴ Hoy parece que surcan ya las aguas de aquel río algunos pequeños vapores, llevados por el interés particular, como preludio de la gran corriente de su futuro comercio.

viajeros. No hay alimento que no se acepte con gusto, cuando está sazonado por la salsa de un buen apetito.

La lámina 3 es una vista de la plaza de Moreno, capital de los Llanos de Casanare. El llanero, que tiene algo de la vida independiente del beduino, algo de la poesía del pueblo andaluz, de donde muchos de ellos proceden, mucho de la dignidad que adquiere el hombre en su intimidad con la exuberante y bravía Naturaleza, es el rey de las llanuras, que atraviesa con su caballo por entre elevados pajonales, donde pacen sus reses, diezmadas por el tigre o por la culebra de cascabel, que son sus enemigos más formidables. La vivienda del llanero, ya esté aislada en medio de una sabana, ya forme parte de alguna de las pequeñas agrupaciones que se llaman pueblos, son todas de construcción ligera, en su mayor parte con techumbre de paja, preferible a la teja por ser menos calorosa, y todas tienen un cercado más o menos grande donde sueltan a pacer sus caballos y sus mulas, y otro u otros donde cultivan el arroz, el plátano, el maíz y la caña de azúcar, que constituyen con la carne de res, su principal alimento. La atmósfera ardiente que se respira en los llanos, hace que los vestidos de sus habitantes sean sencillos y ligeros; la comunidad de intereses los une con vínculos fraternales, y el amor, la música, un toreo especial en que la destreza triunfa de la fuerza, y la caza del tigre son sus habituales y más gratas ocupaciones.

La lámina núm. 4, que no es de la colección de Codazzi, sino regalo de un aficionado amigo mío, representa, en las agrestes selvas que por el lado del Cauca forman los estribos de la Cordillera Central para subir al Quindío, un grupo de palmeras, en su mayor parte de la especie *ceroxilon nudícola*, que crecen entre enormes peñones y árboles tronchados por el rayo o abatidos por el vendaval.

Representan el núm. 5 los Callejones de Ocaña, en el camino de esta ciudad a la de Cúcuta. La vía, que en sus mejores trozos no es más que una senda mal trazada, sigue luego por estos callejones el fondo de un valle donde las aguas de lluvia han hecho profundísimas excavaciones, debidas a las mismas causas que las de Tunjuelo cerca de

Bogotá, que mis lectores conocen por varias fotografías⁵. Los Callejones de Ocaña ponen miedo en el ánimo del viajero, por la facilidad con que las paredes laterales se derrumban con peligro de dejar sepultado al que pasa, o de impedirle por lo menos seguir su camino, mientras no vuelva a hacerse practicable a fuerza de trabajo para apartar los escombros.

Las láminas 6 y 7 representan parte del caserío de dos poblaciones del Chocó, el país del oro, llamadas Sipí y Barbacoas. En estas regiones, cubiertas de elevadísimos y tupidos bosques seculares, donde es raro el día en que la lluvia no cae a torrentes y donde el calor tropical se hace sentir con todos sus rigores, es casi imposible la vida del europeo y aun de los individuos todos de raza caucásica, a causa de las fiebres palúdicas que atacan con preferencia a ciertos y determinados organismos. Sólo los indígenas, nacidos y criados en aquel suelo, y los individuos de raza negra o etiópica y sus afines pueden vivir en aquel suelo, quizás porque no absorben los miasmas palúdicos, o porque la naturaleza los haya dotado de facultades de eliminación de que el blanco carece.

Las construcciones de la vivienda humana tiene allí todas las condiciones que el clima exige, así como de ventilación como de impedimento para que suban a ellas enemigos temibles, como son las serpientes venenosas que pululan en una abundancia lamentable entre los montones de detritus vegetales en putrefacción y entre los matorrales espesos de que las poblaciones están rodeadas.

La lámina 8a. es la vista del puerto de Descanse en el río Caquetá, algo más abajo del de Mocoa, que es la capital de aquel extensísimo territorio, en parte desierto y en parte poblado por varias tribus indígenas en el estado de la Naturaleza. La vista del río y de las montañas que forman el horizonte en aquel lugar son sorprendentes. Aquella grande arteria fluvial tiene por allí más de cien metros de anchura, convidando a la navegación por los medios fáciles de la industria moderna; pues si bien el Caquetá o

⁵ Actualmente desaparecidas (noreste).

Japurá, como los portugueses lo llaman, no es navegable en toda su extensión, hasta su confluencia con el Amazonas, como el Putumayo y el Napo que desaguan en él por la misma orilla y más cerca de su nacimiento, porque éstos no tienen como el Caquetá grandes saltos o chorreras en su transcurso, recorre centenares de millas por un terreno feracísimo, poblado de tribus numerosas, dispuestas a entrar en la vida de la civilización, con tal de que los racionales, como ellos llaman a los que tienen ya alguna cultura, no abusen de su sencillez y de su ignorancia; como lo hacen hoy cuando se ponen con ellos en contacto.

Aquellas aguas sólo se ven surcadas en la actualidad por la balsa o la canoa de los indígenas, que bajan a las playas a buscar en su tiempo los huevos de tortuga, de que extraen la grasa para condimentar sus alimentos, o las arenas y pepitas de oro que suelen hallar con profusión en ciertos lugares. Así mismo se ven visitadas sus orillas por indios cazadores que, con su bodoquera o cerbatana y sus flechitas untadas de curare acechan al mono bracilargo o cotudo que puebla sus bosques y las numerosas gallináceas que en ellos anidan, como el gallardo paují y su congénere la camarana. Estos indios, garantidos del sol por sus grandes y ligerísimos sombreros, cubiertos en parte por su cusma o pequeña túnica ceñida a la cintura por una tira de corteza de árbol, se internan en los bosques a veces por muchos días, confiados en su destreza para cazar, en el cacao y otros frutos silvestres.

Las láminas 9 y 10 representan otros dos grandes ríos con las viviendas de sus orillas y el aspecto y tipo de sus moradores. La navegación del río San Juan y la del Atrato, en la región aurífera del Chocó, tienen todo el carácter de aquel encantado paraíso, vedado a la codicia europea por su mortífero clima. Sus habitantes, casi todos negros, hacen una vida semi salvaje; buscan durante algunos días del mes un poco de oro, que venden en la población más próxima, para proporcionarse aguardiente y algunos adornos de quincalla, y el resto lo emplean en la molicie y en la embriaguez, hasta que se les acaban los recursos.

Por el segundo de estos ríos se proyectó en los principios de la colonia española y por ingenieros de nuestra nación la apertura de un canal interoceánico.

La lámina 11 es una vista de la célebre isla Gorgona, que tantos recuerdos guarda de los conquistadores del Perú, cuando aún estaba en proyecto aquel grande hecho histórico. Las playas del puerto de la Buena Ventura, uno de los más importantes de Colombia en el mar Pacífico, forman el desagadero del río Dagua, en cuya navegación hacían los naturales prodigios de agilidad y de fuerza, luchando sin cesar con la corriente y los escollos que a cada paso constituían una amenaza. La habitación del hombre en esta insalubre costa tiene el mismo carácter que en el de otras regiones análogas que ofrecen los mismos peligros. Hoy existe una línea férrea que evita la arriesgada navegación del río; pero los inconvenientes del clima son perdurables.

La lámina 12 es una garganta de los Andes en los más hondos repliegues de la cordillera, a orillas del río Guáitara, a la altura de 1.591 metros sobre el nivel del mar. Si alguna vez la planta de algún viajero se posa en estos solitarios y agrestes lugares, es para que el hombre asombrado de tanta grandeza bendiga a Dios por lo admirable y variado de sus obras.

La que lleva el núm. 13, última de esta serie, pone de manifiesto otro prodigio: la Laguna Verde. Para describirla, cedemos con gusto y respeto la palabra al célebre naturalista francés Mr. de Boussingault, que la visitó a principios de este siglo.

"Túquerres", dice, "es una pequeña ciudad de la provincia de los Pastos. Su elevación sobre el nivel del mar es de 3.107 metros. A tres horas de camino, al Occidente del pueblo, en la ruta que conduce al mar del Sur (pasando por Maltama) se descubre el volcán de Túquerres, que presenta una variedad de colores, por cierto, sorprendente.

La vista reposa en primer lugar sobre un lago, cuyas aguas son tan verdes, que apenas puede creerse que aquello sea realmente agua. La Laguna Verde (que es el nombre que le dan los indios) está rodeada de altas murallas de traquita, variando el color de

esta roca del negro al blanco, y de éste al rojo. En la orilla oriental del lago se levanta una cúpula formada casi enteramente de azufre, rajada por todas partes y exhalando una multitud de fumarolas que esparcen un fuerte olor de ácido hidrosulfúrico a largas distancias. El agua del lago contiene una pequeña cantidad de sulfato de alúmina. Al pie de la cúpula el agua tenía una temperatura de 27° centígrados, pero 2 metros más hacia el centro de la laguna, el termómetro indicaba solamente 10°. Por mis observaciones barométricas, la altura del Lago Verde sobre el nivel del mar es de 3.908 metros. Fijé particularmente mi atención", dice el mismo geólogo, "en una grieta que exhalaba una corriente de vapor muy fétido, cuya temperatura llegaba a 86° centígrados. El agua obtenida condensando este vapor, no contenía ácido hidrocórico. Cien partes de gas, recogidas en la misma grieta, me dieron 0,86 de ácido carbónico; y me persuadí de que el aire que quedaba por residuo, después de la absorción por medio del álcali, había sido introducido durante la operación. Analizado el vapor de otras hendiduras menos calientes que me permitían sacar con facilidad en tubo graduado, hallé que era todo ácido carbónico, que la sosa absorbía completamente. Cien partes a la misma temperatura y presión, analizadas con el acetato ácido de plomo, me dejaron por residuo 99,5. Así es que puede admitirse que hay hasta 0,05 de ácido hidrosulfúrico en este gas. Sin duda depende de esta circunstancia la inmensa cantidad de azufre que se encuentra en la solfatara de Túquerres. Los fluidos que exhala el volcán de Túquerres son pues:

- 1o. Vapor de agua a la temperatura de 86° centígrados.
- 2o. Gas ácido carbónico.
- 3o. Gas ácido hidrosulfúrico".

Antes de dejar esta solfatara para pasar a la llanura, concluye Codazzi, haremos una observación; y es que al parecer, la concavidad en que está la laguna Verde ha sido producida por un hundimiento del cono traquítico prominente, puesto que Boussingault considera la aparición de estos conos como posterior al levantamiento de la masa de los Andes; y puesto, también, que los fluidos elásticos, al abrirse paso entre la corteza traquítica levantada, han podido dejar la superficie del suelo en

comunicación con algunos huecos considerables, y a una profundidad más o menos grande.

ARTES E INDUSTRIA DE LOS INDÍGENAS

DESDE LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS

LÁMINAS

1a. y 2a. Armas e instrumentos de labor, de piedra.

3a. Tunjos o ídolos de barro cocido.

4a. Torteros de ídem para los husos de hilar.

5a. Braserero y vasijas de ídem.

6a. Otras vasijas de ídem.

7a. Múcuro o cántaro pintado ídem.

8a. Sillón de madera tallada.

9a. Adornos que usan todavía los indios salvajes.

ARTES E INDUSTRIA INDIGENAS

Todos los pueblos han empezado su civilización, buscando en la Naturaleza medios de combatirla y triunfar de los obstáculos que ella opone al dominio de la fuerza y de la inteligencia humanas. Falto el hombre de uñas agudas para excavar el suelo y desgarrar las carnes de sus enemigos o de sus víctimas; falto de colmillos agudos, como los de las razas canina y felina, para la lucha cuerpo a cuerpo; falto de incisivos, como los de los roedores, para cortar las ramas y troncos de los árboles con la facilidad de los castores; faltos de la musculatura vigorosa y de la facultad de asir con todas las extremidades como los cuadrumanos, tuvo necesidad, desde un principio, de aguzar el ingenio para luchar por la vida con menos desventajas, y buscó, como auxiliares de sus fuerzas propias, los instrumentos más adecuados para suplir la insuficiencia de su organismo. Los primeros auxiliares los encontró sin duda en el cuarzo, en la obsidiana y otras rocas ígneas, que, al fragmentarse a fuerza de golpes, presentaban, en los bordes de las fracturas cortantes o punzantes, el modo de suplir las uñas y los dientes, o la maza pesada y dura para aplastar o deshacer como el martillo. De la edad de piedra, tosca o labrada, pasó a la del bronce, en que, con mayor grado de inteligencia y de experiencia, buscó el hombre, en los metales duros, auxiliares más poderosos, y llegó por fin a la del hierro en que, saliendo, por decirlo así, la humanidad de su infancia, empezó ya la serie de grandes progresos, que acabarán por dominar la Naturaleza rebelde y subyugar sus fuerzas portentosas poniéndolas al servicio del hombre.

En la lámina 1a. y 2a. de esta serie, están copiadas algunas de las primeras armas e instrumentos de piedra que los indígenas de aquel hemisferio usaron en los primeros albores de su civilización especial, del mismo modo que en el nuestro sus primitivos pobladores.

El hombre como ser inteligente y reflexivo, pronto se dio cuenta de que todas las maravillas de que se veía rodeado debían proceder de una entidad superior, digna de veneración y respeto, y una vez concebida esta idea, buscó el modo de objetivarla y le

dio formas más o menos grotescas, primero en el barro endurecido por el fuego, después en madera y en diferentes metales.

Las razas pobladoras del territorio colombiano cumplieron también esa ley evolutiva, y dejaron, en lo que ellos llamaban tunjos o ídolos, señales de sus creencias religiosas y de los objetos de su adoración que ofrecemos en la lámina 3a.

Entrados ya aquellos habitantes en una vida más tranquila y sedentaria, cuando construyeron moradas fijas y empezaron a cultivar el suelo, sintieron, sobre todo en las tierras altas, que eran las más pobladas, la frialdad de la atmósfera, y, aprovechando las fibras de algodón silvestre, muy abundante en las tierras templadas y cálidas, empezaron a hilar y tejer una especie de mantas, que les servían a un tiempo de abrigo y de adorno y en las cuales se han encontrado envueltas muchas momias, sin duda de sus personajes más importantes. Para hilar el algodón, valíanse, como nosotros, del huso en su general y primitiva forma; y como éste necesitaba estar provisto en su extremo inferior de un peso, que a la vez le sirviera de volante para acelerar y sostener el movimiento giratorio, construían de barro cocido, ya en forma de disco, ya en la de pirámide, este aditamento cuyo primitivo nombre se ha perdido y hoy conserva el de torteros con que los designaban los españoles. Pueden verse en la lámina No. 4.

Empezado a trabajar el barro y a endurecerlo por medio del fuego, pronto fabricaron utensilios para las necesidades domésticas; y aprovechando las excelentes arcillas plásticas que por todas partes abundan, y cociendo los productos de su cerámica, sin necesidad de hornos, sino rodeándolos de leña seca y sosteniendo el fuego por una o dos horas, como lo hacen hoy, obtenían jarros, ánforas y vasos de distintas especies, para todos los usos, cuya primitiva sencillez de formas fue adquiriendo más tarde modificaciones que indicaban cierto desarrollo del gusto artístico, como lo observará el lector en las láminas 5 y 6.

La que lleva el núm 7 es una verdadera preciosidad del arte indígena; su construcción perfecta y delicada; las líneas simétricas que le sirven de adorno y los círculos y fajas de color rojo subido, hechas tal vez con la tinta indeleble que empleaban en la pintura de sus jeroglíficos, indican ya un arte muy adelantado y un gran progreso en este ramo de la industria.

El núm. 8 representa un sillón de madera tallada, que sirvió como de trono al cacique de los panches. Este sillón parece que fue traído al museo de Bogotá del cual fue extraído, no se sabe por quién, ni en qué fecha, y hoy se ignora su paradero. Las labores de talla ejecutadas en este mueble, de época anterior, según se cree, al descubrimiento y conquista de aquel territorio, son una prueba de que ya los indígenas poseían instrumentos cortantes de cierto temple, sin los cuales les hubiera sido imposible hacer en la madera aquellos primores.

La lámina 9 representa los adornos que en la actualidad usan los indios de la hoya del Amazonas: la corona con colgantes para la espalda, en cuya confección entran las plumas de colores más vistosos y delicados, ya adheridas a la piel entera del animal groseramente disecado, ya arrancadas de las alas o de la cola. El núm. 2 de la misma lámina está compuesto de un trozo cilíndrico de junco con plumas y colgantes de triángulos de plata; el núm. 3 son lo que ellos llaman cascabeles, formados de la cubierta coriácea de ciertas semillas, de las cuales tienen muchas sartas con que se adornan, sobre todo para sus bailes, y que, al chocar entre sí, producen un ruido especial que les es muy grato.

ORFEBRERÍA INDÍGENA DE ÉPOCA DESCONOCIDA

OBJETOS COPIADOS DEL MUSEO NACIONAL, DE COLECCIONES PARTICULARES Y DE
OTROS DIBUJOS

LÁMINAS

1. Vasos diversos e ídolos de oro
2. Objetos varios.
3. Gorro, cinturones y barras.
4. Mascarilla.
5. Ídolo.
6. Otros ídolos.
7. Objetos encontrados en los sepulcros.
8. Adoratorio o sepulcro.
9. Vaso de ofrendas con jeroglíficos.

ORFEBRERÍA INDÍGENA

Al llegar Colón en sus descubrimientos a las costas de Veragua, vio con asombro y satisfacción indecibles que los indios de aquella región poseían muchos objetos de oro, que cambiaban fácilmente por las baratijas europeas. Al internarse después los conquistadores en las comarcas auríferas de la Cordillera Occidental, encontraron también muchas tribus, con cuyos despojos se enriquecieron, dando lugar el *auri sacra fames* a repugnantes crímenes que no se hubieran cometido sin aquel desdichado aliciente. Más tarde, los buscadores de tesoros ocultos en las sepulturas de caciques y otros personajes, con los cuales solían enterrar todas sus riquezas, hallaron también fortunas considerables en la profanación de aquellas tumbas, que los prácticos en este ejercicio descubrían por ciertas señales exteriores, como montículos artificiales y otros signos que las denunciaban.

Solían los indios fabricar de metal precioso, tan codiciado como infausto para la humanidad, no sólo sus adornos y varios objetos de su menaje, sino figuras simbólicas, cuyos atributos y actitud indican ideas abstractas perfectamente concebidas y ejecutadas con más o menos arte.

La perfección con que trabajaban ya el oro, el conocimiento que tenían de su ductilidad y maleabilidad, indican un adelanto relativo y el comienzo de una civilización que más tarde se hubiera desarrollado con su carácter propio, a no haberla interrumpido la llegada de los españoles.

En la lámina de esta serie, que lleva el núm. 1, encontrará el lector obras verdaderamente artísticas en ídolos y vasos de ofrendas.

La lámina 2 contiene adornos y otros muchos objetos de capricho o de utilidad, copiados fielmente de los originales.

La del núm. 3 representa una especie de casco o de gorro, que no se sabe si lo usarían como adorno, como insignia especial o como defensa en sus luchas. En esta lámina hay

también copia de cinturones tan delgados casi como el papel y de barras de gran peso, fundidas en moldes de una perfección relativa.

La lámina núm. 4, de placa delgada como los cinturones, se ve que está hecha con simetría y esmero, propios de cierta cultura intelectual que no se aviene con las costumbres bárbaras de aquellas tribus.

La del núm. 5 es de un ídolo, cuyas facciones y la horizontalidad de los ojos desdicen mucho de los caracteres típicos de la raza indígena. ¿De dónde lo copiaron?

El núm. 6 representa otros ídolos o figuras caprichosas, con adornos tal vez simbólicos en la cabeza, y sólo en una de ellas se advierte la oblicuidad de los ojos, distintivo de la raza mongola y americana.

Las dos figuras del núm. 7, la del 8 y la del 9 no necesitan más explicación que la que se da al pie de ellas.

TIPOS COLOMBIANOS
COPIADOS DEL NATURAL

LÁMINAS

1. Muchachos campesinos y mendiga.
2. Campesina de Pamplona y cachaco de Tundama.
3. Indio músico de Boyacá. Indios pastusos.
4. India vendedora de pasto.
5. Campesinos antioqueños.
6. Indio huevero y campesinos mestizos de Boyacá.
7. Cigarrera del Cauca y vendedor de tabacos.
8. Negras lavanderas de Nóvita.
9. Indio de Mocoa. Pareja elegante en paseo.
10. Aguadores del Cauca.
11. Sombrereros de Santander.
12. Peón carguero, mestizo, de tierra fría.
13. Peones cargueros en la montaña.
14. Indios macaguajes.
15. Indios arqueros de los Llanos.
16. Lavadores de oro en Barbacoas.
17. Ídem en el río Guadalupe.

TIPOS COLOMBIANOS

La serie de tipos colombianos, que comprende 17 láminas, es un complemento de los tipos presentados ya en el transcurso de la obra y que no ha habido ocasión de exhibir oportunamente. Ahí están, desde el indio de las tierras frías, tocador de tiple o conductor de huevos a los mercados, hasta los lavadores de oro de las tierras cálidas, que trabajan uno o dos días al mes, para apoderarse de algunas pajillas, pepitas o arenas de metal precioso, y consagran lo demás del tiempo a la embriaguez embrutecedora y a la holganza absoluta.

Ahí se hallan también desde los negros de Nóvita, hasta los graciosos tipos de los sombrereros de Santander, alegres, vivos y decidores; la linda labradora pamplonesa y el cachaco elegante, cuya esbelta y simpática figura se revela al través de su traje de campesino.

Ahí los peones cargueros de las tierras frías y de las calorosas e intrincadas montañas, que, convertidos en bestias de carga, cruzan, con un ser humano o un fardo enorme sobre las costillas, ya los helados y desiertos páramos, ya las intrincadas selvas donde el más ágil cuadrúpedo no puede caminar por los grandes obstáculos, como enormes árboles caídos y profundos atascaderos.

Ahí están, por último, la india vendedora de pasto agobiada por la carga, pero sin soltar para nada su hijo; la cigarrera del Cauca, obrera incansable, que a veces sostiene con su labor toda una familia; los campesinos antioqueños, cuya fisonomía revela su sencillez de costumbres y la bondad de su carácter; el aguador de Ambalema y el caucano que, sin apearse de su cabalgadura, llena en el río los canutos de bambú que le sirven de receptáculo; el indio arquero de los Llanos de San Martín y Casanare que de diez veces toca nueve en el blanco con su aguda flecha; el indio de Mocoa, tránsito entre la civilización y la barbarie; los negros semisalvajes de Nóvita, imitadores como el mono de los movimientos y actitudes de la gente culta, y los indios macaguajes a quienes la plaga de mosquitos obliga a cubrir su desnudez.

Con estas láminas damos fin al apéndice en que nos propusimos dar a conocer las maravillas y curiosidades más notables del territorio colombiano, país que por lo

variado y fértil de su suelo, por la abundancia de sus productos naturales, por la riqueza de sus minas y por sus ríos caudalosos abiertos a la navegación, será con el tiempo una de las naciones más pobladas y más dichosas del mundo, si no destruyen sus grandes elementos de felicidad los hombres políticos que son la polilla de las sociedades modernas.